

mismo Cristo nuestro Señor, Dios y Padre nuestro, quien nos ha amado y nos ha hecho la promesa de la consolación eterna, consuele vuestros corazones y los confirme en toda buena obra y palabra (1).» Así sea, por los siglos de los siglos. Amén.

## HOMILÍA 2.<sup>a</sup>

### Para el Domingo XIII después de Pentecostés.

#### Cualidades y provechos de la fe.

**S**H insensatos Gálatas! ¿Quién os ha seducido para no obedecer á la verdad, vosotros, ante cuyos ojos ha sido presentado Jesucristo, como crucificado en vosotros mismos? ¿Tan necios sois que habiendo comenzado por espíritu acabéis por carne? (Galat., III, 1 á 4.) Esto, carísimos hermanos, que escribió el gran Doctor de las naciones á los fieles de Galacia, es cabalmente lo que puede argüirse á muchos cristianos de nuestros tiempos.

¡Oh insensatos!, conviene decirles. ¿Quién os ha seducido para abandonar la causa de la verdad y no obedecer á Jesucristo y á su Iglesia, mostrándoos enemigos y perseguidores de la Religión católica, en la cual tuvisteis la dicha de nacer y ser bautizados? ¿Cómo sois tan desnaturalizados é ingratos para con vuestra Madre la Iglesia, que desgarráis sus entrañas amorosas con las doctrinas y libertades modernas, después de haber recibido en vosotros mismos, cuando os bautizaron, y por un don particular del Espíritu Santo, el fruto copioso de la pasión sacratísima de Jesús, la santificación, las gracias, los méritos, la filiación divina y todos los demás carismas que os hicieron templos vivos de Dios y herederos de la patria celestial? ¿Es justo, ni razonable, ni conveniente para vosotros, que habiendo comenzado en espíritu acabéis por carne?

Sin embargo, ¡oh dolor! esto es lo que con amargura de nuestro corazón estamos presenciando, y para que vosotros, amados hermanos míos, no caigáis en semejante desdicha, quiero recordaros las palabras de San Pablo en la Epístola de este día. Dice así:

(1) Thesalonic., II, 12 y siguientes.

«Es manifiesto que ninguno será justificado delante de Dios por la ley, porque el justo vive de la fe.» (Galat., III, 11.) Es decir, que la verdadera justificación por la cual quedan borradas todas nuestras culpas, viene de la fe en Jesucristo, porque es palabra divina, anunciada en los profetas, que *el justo vive de la fe.* (*Justus ex fide vivit.*—Habacuc. II, 4.)

Mas como la fe, para ser perfecta y surtir su efecto, ha de ir acompañada de caridad y buenas obras, es de necesidad que yo os declare en esta instrucción dos cosas:

- 1.<sup>a</sup> Las cualidades de la fe cristiana.
- 2.<sup>a</sup> Los provechos que proporciona.

#### PUNTO 1.<sup>o</sup>

##### DE LAS CUALIDADES DE LA FE

Hermanos míos carísimos: «Bienaventurada la sencillez, que dejando los ásperos caminos de las cuestiones, va por la senda llana y segura de los Mandamientos de Dios. Muchos perdieron la devoción queriendo escudriñar las cosas sublimes. Fe se te pide y buena vida, no elevación de entendimiento ni profundidad de los misterios de Dios. Si no entiendes ni comprendes las cosas más triviales, ¿cómo entenderás las que están sobre la esfera de tu alcance? Sujétate á Dios y humilla tu juicio á la fe, y se te dará la luz de la ciencia, según te fuere útil y necesaria.» (*Imit. de C.*, libro IV, cap. 18.)

Estas hermosas palabras que leemos en el admirable libro de la *Imitación de Cristo* nos muestra cuán necesario es al cristiano creer humilde y sencillamente los dogmas augustos de nuestra santa fe católica; mas como *no basta creer*, sino que además *es preciso obrar* según la creencia, por eso es de altísima importancia considerar las cualidades de la misma fe, á saber: que sea *humilde, íntegra, firme y viva.*

¿QUÉ ES FE HUMILDE?—Es una pronta y sincera sumisión de nuestro entendimiento á las verdades reveladas por Dios, sin tratar de escudriñar curiosos los misterios inaccesibles á nuestra débil razón humana; según aquello del Eclesiástico: «*No busques cosas más altas que tú, y no escudriñes lo que supera las fuerzas de tu razón; ocúpate más bien de lo que Dios te ha mandado, piénsalas siem-*

pre, y en muchas de sus obras no seas curioso, porque no es necesario que veas con tus ojos aquellas cosas que están ocultas (1).»

Quiere esto decir, que el hombre sensato cree en la Ley de Dios, y esta Ley no le engaña (2). ¿Hay mayor insensatez que exigir razones evidentes para creer los dogmas superiores á la razón? Si nuestra adorable y sacrosanta Religión no contuviese misterios, no sería divina, sería como hechura de hombres, sería ciencia y no fe. Acordémonos—dijo San Agustín—de que Dios puede hacer muchas cosas incomprensibles para el hombre; pues de otra suerte, ó Dios no sería Dios, ó el hombre sería Dios. (Lib. De Civit.)

Es, pues, necesario, que nuestra fe sea *humilde*, creyendo los misterios divinos, aunque no comprendamos su esencia, ni su modo; pues escrito está, que «el que quiera sondear la majestad infinita del Altísimo, quedará deslumbrado por su gloria» (3); á la manera que quien fije su mirada en el sol, intentando comprenderle, queda ciego. ¡Cuántos ciegos hay en este mundo, por pretender escudriñar lo que el Señor esconde en luz inaccesible!

FE ÍNTEGRA.—Pero decíamos que la fe ha de ser *íntegra*; y esto se concibe bien, porque ella es una é indivisible. El que niega un artículo de fe, es como si los negara todos; pues si cabe error en un artículo, ¿por qué no en todos? Si Dios, al hablar al hombre, pudiera engañarse en una sola palabra, no estaríamos obligados á creerle en ninguna. Si la Iglesia se equivocara en un dogma, podría equivocarse en todos, no sería infalible, ni tendríamos obligación de creer en ninguno.

La Iglesia—dijo San Pablo—«es la columna y el fundamento de la verdad» (4), y, sin embargo, ¡cuántos que se llaman cristianos, creen lo que les deleita, y no creen lo que les molesta, ó contraría sus pasiones! ¡Cuán errados caminan!

FE FIRME.—Otros hombres hay que se llaman creyentes, y esto no obstante, flutúan en la fe, como si las verdades reveladas no tuvieran por garantía la palabra de Dios, interpretada y custodiada por la Iglesia de Jesucristo, que ha recibido de su divino Autor el don de la infalibilidad. ¿Creemos en Dios? ¿Creemos en Jesucristo? ¿Creemos el Evangelio? Pues creamos á la Iglesia que ha recibido

(1) Non est tibi necessarium, ea quae abscondita sunt, videre oculis tuis. (Eccles. III, 22-23.)

(2) Homo sensatus credit legi Dei, et lex illi fidelis. (Eccles., XXXIII, 3.)

(3) Qui scrutator est majestatis, opprimetur a gloria. (Prov., XXV, 27.)

(4) Columna et firmamentum veritatis. (I Timot., III, 15.)

divinamente y conserva en depósito la palabra del Evangelio, la palabra de Jesucristo y la palabra de Dios.

Seguros estamos de no engañarnos, creyendo con los patriarcas y los profetas y todos los justos de la Antigua Ley; creyendo con Jesucristo, Hijo de Dios, con la Santísima Virgen, su divina Madre, con San Juan Bautista, los Apóstoles, los mártires, los confesores y las vírgenes; creyendo con toda la Iglesia y con todos sus concilios universales y provinciales; creyendo con todos los Santos Padres, teólogos, Doctores, y con todos los santos de todos los tiempos y lugares, edades y condiciones; creyendo lo que el universo católico ha creído siempre con firmeza y constancia admirables; creyendo lo que hoy mismo creen todos los verdaderos cristianos y todos los sabios fieles y virtuosos, que admiran al mundo con sus costumbres ejemplares y con su ciencia prodigiosa.

FE VIVA.—Pero, sobre todo, la principal cualidad de nuestra fe, es que sea *viva*, ó sea, obradora de virtudes cristianas, hijas de la caridad divina. ¿En qué se conoce que un hombre está vivo?—En el movimiento. Pues de igual manera la vida de la fe se manifiesta por el movimiento, por las obras. «La fe sin obras es fe muerta» (1).

Sobre este punto está terminante el Apóstol Santiago; dice así: «¿Qué aprovechará, hermanos míos, la fe á uno que no tiene obras? ¿Por ventura podrá la fe salvarle? Tú, que no te cuidas de obrar bien, inútil y vanamente te glorias de tener fe; muéstrame tu fe por tus obras, y yo te mostraré por mis obras mi fe. ¿Tú crees que Dios es uno? Haces bien; también los demonios lo creen y tiemblan. ¿No sabes, hombre vano, que la fe sin las obras es muerta?» (Jacob, II, 14 á 21.)

Es decir, que la fe sin obras buenas, es fe de demonios, fe que no aprovecha por sí sola para la salvación, y por eso dijo Cristo nuestro Señor: «No todos los que digan: «Señor, Señor» entrarán en el reino de los cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial» (2).—EL QUE HAGA, notadlo bien, el que obre con la fe, ese será el que entre en las mansiones celestiales.

Es más; para que la fe sea perfecta, no basta que se obre según ella, ni que las obras sean buenas, porque éstas, para ser meritorias de vida eterna, han de proceder de la caridad sobrenatural y divina. «¿Qué es creer en Dios?—pregunta San Agustín;—y responde: Es creyendo amarle, creyendo preferirle, creyendo caminar

(1) Fides sine operibus mortua est. (Jacob, XX, 26.)

(2) Non omnis, qui dicit mihi: «Domine, Domine» intravit in regnum coelorum; sed qui facit voluntatem Patris mei, qui in coelis est, ipse intrabit in regnum coelorum. (Matth., VII, 21.)

hacia El y unirse á El intimamente. Esta es la fe que el Señor exige á todos los cristianos» (1).

¡Oh! Si los hombres tuvieran la fe cristiana en su corazón con las cuatro condiciones que acabo de indicar, ¡cuán de otra manera andaría el mundo! Se peca, y se sigue pecando, y no se pone enmienda, y la corrupción crece como ola pestífera que amenaza sumergirnos en lo profundo del infierno, porque la fe está muerta en las muchedumbres, porque aun los hombres que la tienen viva, carecen de firmeza en ella, porque aun suponiendo fe viva y firme, suele no ser humilde. ¿Cómo es posible que andemos bien, si en la fe, que es el fundamento de nuestra vida, andamos mal? Se hallan fuera de orden las sociedades, porque se les va quitando el fundamento, que es la fe de Jesucristo.

¿De qué sirve—dijo San Cipriano—ser virtuosos en palabras, si nos mostramos criminales en las acciones? (2). La fe se manifiesta por las obras, y cuando la fe es de buena ley, no se vive según la carne. Vivimos según la carne, porque nuestra fe está enferma y no reúne las debidas condiciones. He aquí el mal de las sociedades contemporáneas. Aclaremos bien estas ideas, que no carecen de provecho.

## PUNTO 2.º

### PROVECHOS DE LA VERDADERA FE

Dejemos, ante todo, hablar al Apóstol San Pablo, quien en su carta á los Filipenses, dice así: «*Hermanos, guardaos de los perros, guardaos de los falsos obreros...*» (Es decir, guardaos de los falsos Apóstoles, que corrompen la fe y adulteran la verdadera doctrina del Evangelio.) «*En cuanto á mí—dice—todo lo tengo por basura, con tal que gane á Cristo.*» (*Arbitror ut stercora, ut Christum lucrificiam.* (Philip., III, 2-8). ¡Qué fe, amados míos! Ved aquí un buen modelo para nosotros. Esta ha sido siempre la fe de los verdaderos cristianos, y con ella ha obrado el Señor en su obsequio portentosas maravillas.

Quien desee formar idea de la excelencia y provechos de la fe, le recomiendo que lea el capítulo XI de la Epístola de San Pablo á

(1) Quid est credere in Deum?—Credendo amare, credendo diligere, credendo in Eum ire, et ejus membris incorporari. Ipsa est ergo fides quam a nobis exigit Deus. (S. Agust., Tract. XXIX, in Joann.)

(2) Quid juvat verbis virtutem astruere, si factis veritatem destruimus? (Serm.)

los Romanos, y en ella encontrará innumerables y sorprendentes prodigios obrados por la fe. «*Por ella—dice el Apóstol—David, Samuel y otros muchos conquistaron reinos, obraron justicia, alcanzaron las promesas, cerraron las bocas de los leones, apagaron la violencia del fuego; evitaron el filo de la espada, convalecieron de enfermedades, fueron fuertes en guerra, pusieron en huida ejércitos extranjeros...*» ¡Cuántos beneficios y cuán grandiosos!

Y si esto fué en la Ley Antigua, figura de la Nueva, ¿qué diremos de los innumerables portentos que el Señor obra en favor de los cristianos de todos los tiempos y lugares? Bástanos oír la palabra divina de nuestro Señor Jesucristo, quien dice terminantemente: «*En verdad, en verdad os digo; el que cree en mí, hará las obras que yo hago, y aun las hará mayores* (1).» ¡Cosa extraña! ¡Hacer los hombres creyentes aun mayores obras que Jesucristo! ¿Cómo se comprenderá esto? ¿Cuáles serán esas obras?

Orígenes fué de parecer que esas grandes obras consisten en el triunfo conseguido por hombres débiles sobre sus propias concupiscencias, sobre el mundo y sobre el demonio; porque el triunfo del hombre sobre sí mismo, mediante la fe y la gracia de Jesucristo, es mayor que el obtenido por Jesucristo sobre sí mismo (2).

San Agustín juzgó que las maravillas obradas por los Apóstoles en la conversión del mundo pagano, fueron más grandes que crear el cielo y la tierra; porque el cielo y la tierra pasarán; pero la salvación y justificación de los predestinados no pasará nunca. Mayores y más numerosas—dice el Santo—fueron las conversiones que hicieron los Apóstoles, que las que obró por sí mismo Cristo nuestro Señor, mediante su predicación. (S. Agust., Tract. LXXII, in Joann.)

San Juan Crisóstomo es de opinión que dichas obras, mayores que las de Cristo, consisten en que San Pedro, sólo con su sombra, curó toda especie de enfermedades, cosa que no leemos la hiciera Cristo. (Homil. XII, in Act. Apost.)

De cualquiera manera que esto sea, quedan demostrados, por las palabras mismas del Salvador, la grande excelencia de la fe, su eficacia omnipotente y los grandiosos provechos que ella nos proporciona. Jesucristo dijo que *el que cree en El, hará las mismas obras que El hace, y aun mayores*; como diciendo: «Yo, muy en breve, ascenderé al Padre, y por los inauditos prodigios que los

(1) Amen, amen dico vobis; qui credit in me, opera quae ego facio, et ipse faciet, et majora horum faciet. (Joann., XIV, 12.)

(2) Pueden verse las homilías VI y VII de Orígenes in Isaiam.

creyentes harán seré manifestado en todo el universo.» Cosa que, en verdad, estamos palpando con nuestros ojos, mal que pese á la impiedad contemporánea.

¿Quién será capaz de enumerar las maravillas de la fe en los primeros cristianos? Todos los creyentes formaban como un solo corazón y una sola alma, y todos sus bienes los poseían en comunidad. Vendían sus haciendas y repartían el producto entre todos, según la necesidad de cada uno. (Act., II, 45-46.)

«*Todo el que ha nacido de Dios*—dijo el Apóstol San Juan (I. V, 4)—*es vencedor del mundo; y la victoria que nos hace dueños del mundo es nuestra fe.*» (*Haec est victoria quae vincit mundum, fides nostra*) Nada hay más fuerte que el hombre de fe. ¿Quién no se asombra al considerar los mártires, los Apóstoles, los misioneros y los santos de todos los siglos? ¿Quién les dió la fortaleza?—La fe.

¿Quién ha poblado los desiertos de anacoretas, los monasterios de ángeles, el mundo de héroes y el cielo de santos?—La fe.

¿Quién conduce á los hospicios y á las casas de misericordia tantos millares de jóvenes doncellas, que renuncian gustosas á todas las ventajas del mundo, para consagrar su vida á aliviar las miserias del prójimo y á compartir con ellos sus penas?—La fe.

¿Qué es lo que une la Iglesia católica en todo el universo, de suerte que tantos millones de hombres de todas las clases sociales, condiciones, países y lenguas no sean más que como un solo individuo?—La fe.

¿Qué es lo que mantiene la paz, la unión, la prosperidad, el amor y la concordia en las familias, en los pueblos y en las naciones?—La fe.

¡Oh! la fe hace bueno al rey, bueno al vasallo, bueno al ministro, bueno al legislador, bueno al militar, bueno al magistrado, bueno al sacerdote, bueno al simple fiel, buenos á los padres, buenos á los hijos y buenos á todos los seres racionales.

¡Oh fe cristiana! ¡Cuán buena eres! ¡Cuán necesaria! ¡Cuán provechosa! ¡Bendita seas! ¡Parece increíble que hombres de letras y que se llaman ilustrados, crean posible gobernar bien el mundo sin la fe en nuestro Señor Jesucristo! ¡Quién pudiera dar una voz que se oyese por todo el mundo, y que hiciese resonar en los corazones de todos los hombres estas palabras del Apóstol en la Epístola de este día: «*Es manifesto que ninguno será justificado delante de Dios por la Ley, sino por la fe en nuestro Señor Jesucristo; porque el justo vive de la fe.*»

Concluyo, pues, diciéndoos con San Cipriano: «Creed á Aquel

que jamás puede engañaros; creed á Aquel que predijo todas estas cosas futuras; creed á Aquel que dará á los creyentes premios de eterna vida; creed á Aquel que dará á los incrédulos suplicios eternos.» *Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe; y después de esta vida tengamos la seguridad de que seremos coronados eternamente en la otra, por los siglos de los siglos. Amén.*

## HOMILÍA 1.<sup>a</sup>

### Para el Domingo XIV después de Pentecostés.

#### Sobre la vida del Espíritu.

**A**MADOS hermanos míos: El hombre justo vive de la fe; la fe es el principio de la justificación; la justificación es el gran milagro de Dios en nosotros, mas nosotros no somos justificados por la fe sola, sino *por la caridad y las obras buenas*. Esto es, en resumen, lo que el Apóstol San Pablo nos enseñó en la Dominica anterior, y hoy para que ningún cristiano sufra engaño, nos señala en la Epístola de la Misa lo que hemos de hacer para que realmente seamos justos delante de Dios y consigamos nuestra eterna salud. Dice así el gran Doctor:

«*Hermanos: Andad según el espíritu, y no seguiréis los deseos de la carne, porque ésta conspira contra el espíritu, y el espíritu contra ella. El espíritu y la carne son dos cosas contrarias entre sí, para que no hagáis todas las cosas que quisieréis. Y si sois guiados del espíritu, no estáis bajo de la ley... El fruto del espíritu es: caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia y castidad. Contra estas cosas no hay ley, y los que son de Cristo, crucificaron su propia carne con sus vicios y concupiscencias.*» (Galat., V, 16-24.)

Hasta aquí el santo Apóstol, y en verdad que no puede darse enseñanza más útil y más eminentemente práctica. Dos cosas descubrimos en ella que quisiera explicaros hoy con toda claridad:

- 1.<sup>a</sup> Que hemos de andar según el Espíritu.
- 2.<sup>a</sup> Los beneficios que esto nos proporciona.